

Agustín Ortega Esquinca

Alfonso Alvarado Bravo  
*Arqueología en Baja California: estudio de patrón de asentamiento de cazadores-recolectores-pescadores en el arroyo San José de Gracia, Sierra de Guadalupe (Baja California Sur, México)*

México, Ediciones Euroamericanas (Páginas Mesoamericanas, 1), 1999.

California, la Antigua, la ínsula de los mapas de los siglos XVI y XVII, sigue siendo desconocida para la gran mayoría de los mexicanos. Pocos son quienes han visitado esas tierras desérticas, montañosas, marinas; menos aún los que han recorrido los 1330 km, repletos de lugares únicos, que separan Tijuana de Los Cabos; contados quienes nos pueden referir su historia. Contra ese olvido crónico podemos ubicar, en primer instancia, el trabajo del arqueólogo Alfonso Alvarado a quien Ediciones Euroamericanas, en su serie Páginas Mesoamericanas, dedica loablemente su primera publicación.

A contracorriente de la mayor parte de los que hemos trabajado en la península bajacaliforniana, quienes hemos tratado de cubrir grandes regiones, el aporte de este libro es el énfasis en el estudio particular de un área específica: el arroyo San José de Gracia, oasis sudbajaca-liforniano cuyo verdor contrasta con los ocres del desierto. Al profundizar en el análisis arqueológico de un solo curso hidrológico, el estudio ganó en profundidad y amplió la posibilidad de entender el modo de vida de los californios, en torno al cual se han tejido varias ideas erróneas.

En este libro, el autor analiza los patrones indígenas de aprovechamiento de los recursos naturales y de desplazamiento estacional. El área escogida está ubi-

cada en una región hidrológica de la vertiente del Pacífico de la Sierra de Guadalupe, también conocida como Sierra Mulegé —que comprende ecosistemas costeros, somontanos y serranos—, la cual estuvo habitada por cochimies durante el periodo misionero jesuítico. En este contexto, pero sin caer en las tentaciones del determinismo ambiental, establece que el territorio ocupado por estos indígenas es “[...] un espacio social y geográficamente determinado [...]” (Alfonso Alvarado, *Arqueología en Baja California...*, p. 32). Punto crucial, porque al alejarse de la idea tradicional de los cazadores-recolectores como sociedad en estado de naturaleza, remite la discusión a los ámbitos de las ciencias sociales y de la antropología.

En efecto, Alvarado comenta que los antropólogos Service y Sahlins, especializados en el tema de los cazadores-recolectores, han mostrado dos cualidades de estas sociedades: son socialmente complejas y no son nómadas que vagabundean de un lugar a otro en busca de alimento diario (*ibidem*, p. 29). Asimismo, sus resultados le permiten tomar una posición alejada de la idea que concibe a los indígenas californios como regionalizados en grupos serranos y costeros; para él esto es imposible, ya que estas sociedades ocupaban amplias zonas en donde se movilizaban en los

distintos ecosistemas (*ibidem*, pp. 10-11) existentes entre la alta montaña y la zona litoral del Golfo de California o del Océano Pacífico.

Para Alvarado, el aprovechamiento de los productos forestales y litorales, por parte de un grupo indígena debe explicarse como “un proceso de explotación, producto de un conocimiento empírico” (*ibidem*, p. 33). Al respecto, recalca las razones objetivas ya que para él “no es posible considerar que los sitios o campamentos puedan tener la ‘suerte’ o no de encontrarse en un área donde abunden los recursos” (*ibidem*, p. 30).

Estas consideraciones ubican al trabajo de Alvarado en una posición teórica congruente con el realismo social, pero le presentan un problema de orden metodológico. Al respecto, observa que la cuestión es hacer patente la relación existente entre la distribución de los sitios y los ecosistemas. Así, decide partir de la óptica del patrón de asentamiento (*ibidem*, p. 10), para lo cual reconoce cinco niveles de análisis (*ibidem*, pp. 34-35), en donde enfatiza la correlación entre las unidades espaciales del registro arqueológico con las actividades diferenciadas realizadas en éstas. Por otra parte, justifica que hizo su estudio en términos del patrón de asentamiento porque “la movilidad y la actividad de

los grupos cazadores-recolectores se manifiesta arqueológicamente a partir de sus restos materiales diseminados en un amplio espacio geográfico” (*ibidem*, p. 34).

En mi opinión, como lo he discutido con el autor, el uso de la metodología del patrón de asentamiento para el registro y el análisis de la información procedente de un área ocupada por grupos cuyo modo de vida está basado en el nomadismo estacional, crea un cierto sesgo en la interpretación. Ello se debe a que los supuestos y los planteamientos de esa herramienta metodológica fueron desarrollados para el estudio espacial de áreas y sitios habitados por sociedades sedentarias y/o urbanas. Semánticamente la palabra “asentamiento” se deriva de asentar, que significa establecer, fundar algún tipo de poblado, lo cual, en términos sociales, es la base de dos procesos civilizatorios citados, el sedentarismo y el urbanismo.

Al contrario de un pueblo, de una ciudad u otra forma de asentamiento, un campamento de sociedades cazadoras-recolectoras y de sociedades tribales, nunca es permanente porque su ocupación se da de manera estacional y cíclica. En ese sentido, no puede ser equivalente a un asentamiento, incluso en las formas más simples de población, como sería el caso de las rancherías. También, la problemática antropológica es diferente, ya que los sitios arqueológicos de un área habitada por sociedades sedentarias suelen representar a grupos distintos, dife-

renciados y, en varios casos, hasta antagonísticos; en oposición, en una región ocupada por sociedades nómadas estacionales, los sitios representan a una sola comunidad.

En ámbitos sociales, el primer caso implica una interrelación comunitaria entre una diversidad cultural que puede integrar a varias etnias, cuyos modos de vida, tradiciones, actividades y lenguajes pueden ser diferentes y hasta contrapuestos, y se puede dar el caso que uno de estos sitios domine sobre los demás, los cuales devienen tributarios del dominante. Mientras que en el segundo caso, la interrelación reduce a una sola comunidad, conformada en principio por los lazos de parentesco. Así, un sitio como Teotihuacan es, socialmente, mucho más complejo que una región con varios campamentos.

Las observaciones críticas anteriores son aplicables a todo aquel que utilice la metodología del patrón de asentamiento para el estudio de sociedades cuyo modo de vida estuvo basado en el nomadismo estacional. Es decir, es una crítica a la disciplina arqueológica, dado que no hemos desarrollado una herramienta metodológica adecuada para el registro y el análisis de aquellas realidades diferentes de los pueblos sedentarios y urbanos.

Regresando al trabajo de Alvarado, él retoma las clasificaciones de sitios arqueológicos publicadas por Ritter, por Reygadas y Velázquez y por Mora y

García. A partir de su análisis, define seis conclusiones acerca de indicadores arqueológicos (*ibidem*, pp. 49-50).

Posteriormente, apoya sus observaciones con datos de diversa índole; presenta los objetivos, las hipótesis de trabajo y el registro de sitios arqueológicos recuperado mediante el recorrido de superficie. En una fotografía aérea, marca la red de veredas que intercomunican los campamentos serranos con aquellos de los cañones. Discute acerca de las cualidades comestibles de la flora citada en publicaciones previas, además presenta un cuadro sintético donde muestra la temporada del año cuando están disponibles algunos productos. Estudia los recursos faunísticos respecto de su hábitat y aprovechamiento humano. Asimismo, recurre a la información paleoclimática para proponer los posibles cambios en el patrón de aprovechamiento de los recursos.

Desde un punto de vista regional, el libro es una lectura y un material de consulta obligada para todos los que tenemos proyectos de estudio en el área. En ese contexto, varias de sus proposiciones serán polémicas, pero eso es importante y positivo porque los buenos libros deben mover a sus lectores hacia la discusión académica. Por otra parte, desde una perspectiva más general, la publicación representa un gran aporte al conocimiento arqueológico de la Península de Baja California, área tan desconocida del continente americano.